

Erasmus y Luis Vives

Primera parte

ORÍGENES DE ERASMO.

¿Habéis visto alguna vez el cuadro de “Las lanzas”? Una luz varia, un cielo tierno y alto, una vaga amatista de montañas lejanas, el deliquio de unas tranquilas humaredas componen la melancólica solemnidad del paisaje holandés, en que se adivina, más que no se ve, la soñada ciudad de Breda en el trance de su heroica rendición. Pues bien; en la misma húmeda sinfonía de plata y de zafiro en que mojan las puntas de sus picas los soldados del Marqués de Spignola se bañaron, al abrirse en las divinas riberas de la luz, los blandos ojos de violeta de un niño votado, ya en el declivio del siglo xv, a los besos de las Gracias y a la tea de las Furias. Su nombre, Desiderio Erasmo Roterodamo.

No; pero no era éste su nombre, ni él era de Rotterdam. Zevenbergen se llamaba el villaje natal, próximo a Breda. Fué más tardíamente que el gran humanista quiso acariciarse con la blandura de aquellos nombres lisonjeros, creados adrede por él y con los cuales ha ido a la posteridad y a la contradicción. Él mismo, con una sinceridad nada grata, ha revelado sus inconfesables orígenes. Fué hijo... de la juventud; fué hijo de Neotetes, ninfa de todas la más bella y a la par la más festiva: *“Neotete, Nympha multo omnium venustissima pariter ac festi-*

vissima.” No es posible disfrazar en más gracioso eufemismo la mancilla inicial de un nacimiento ilegítimo y tal vez sacrílego. Aquella linda perífrasis quiere decir que Erasmo fué hijo bastardo.

Su madre se llamó Margarita y fué hija del médico rural de Zevenbergen (Septimoncio, en el bello latín erasmiano), Pedro de nombre. Esta cándida Margarita hubo, por su mal, de conocer a su Fausto. Se llamó éste Gerardo, “Gheraerd” en su lengua natural; y era oriundo de Ter-Gouw, pueblo situado junto al brazo menor del río IJssel, a tres leguas de Rotterdam. La esperanza de un próximo matrimonio, dice el propio Erasmo, engañó a sus padres. Los hay, añade él mismo, que afirman que entre ellos mediaron palabras solemnes de casamiento. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que antes del matrimonio llegó el gaje, y antes de la bendición, el fruto prematuro. Los padres de Gerardo concibieron por la conducta del hijo gran enojo, porque, hermano menor de diez, habían pensado en su afección senil consagrarlo a Dios, y lo veían con muy buenos ojos sus otros hermanos, casados ya. Gerardo, convencido de que no le dejarían casar, tomó el partido de huir. En esta ausencia del padre nació el hijo, engendrado a hurto. En la enmienda de este “defectus natalium”, cuando al niño desvalido le hizo la edad un varón conspicuo y la celebridad un grande hombre, hubieron de intervenir las cancillerías de Julio II y de León X. Este nacimiento irregular ocurrió en la vigilia de la fiesta de los santos Simón y Judas, 27 de octubre del año 1467, aproximativo. Erasmo nunca supo su edad a punto fijo. Era Emperador de Alemania Federico III; era señor de los Países Bajos Carlos “el Temerario”, y gobernaba la Sede romana el Papa Paulo II, Barbo y veneciano. El niño educóse en casa de su abuela.

Mientras tanto, el padre fugitivo, que se hallaba en Roma, con mano hábil y bella caligrafía proveía a su propio sustento copiando, pues aun no se había introducido en Roma el arte tipográfico, los autores de la antigüedad. Luego se dedicó a las buenas letras. Conoció perfectamente el griego y el latín. Llegó a ser notable jurisperito. Los padres, noticiosos de que el hijo prófugo estaba en Roma, le llamaron a sí con la falsa nueva de la muerte de Margarita, su esposa frustrada y madre de su hijo.

Gerardo, sin esperanza ya de legitimar y confirmar la unión, se hace ordenar presbítero. De regreso en su patria conoce el engaño, irreparable ya. Ambos, Gerardo y Margarita, esposos anticipados, acataron el hecho cruel e irrevocable. Ella, fiel al recuerdo y a la maternidad, no quiso contraer ninguna suerte de nupcias. Gerardo permaneció fiel a sus votos. Esta es la versión del propio Erasmo, que muchos creen aliñada y mejorada novelescamente. Atengámonos a su propia versión y no nos intrinquemos en desagradables averiguaciones.

Gerardo cuidó de que el niño fuese educado liberalmente. Aun no tenía bien cumplidos los cuatro años cuando le llevó su madre a la escuela de párvulos de Ter-Gouw (Gouda), confiándolo al maestro Pedro Winckel, pariente de Gerardo. Ninguna precocidad ni prodigio ninguno anunciaron al que había de ser epígono de toda una época literaria. Él mismo dice claramente que en los primeros años ningún avance hizo en aquellas letras sin amenidad, para las que no había nacido. Se refiere aquí a su materno idioma. Poco más tarde, su buena voz, frágil y fresca, hizo de él un escolanillo ("cantorculus"), un seise diríamos, si hubiera seises en las iglesias tristes de la ciudad de Utrecht. Y a los nueve años de edad su madre le tomó por la mano y le llevó a Deventer. Erasmo, tan avaro de ternuras, dedica esta única a su pobre madre: *Mater sequuta est custos et curatrix tenerae aetatis*: "Mi madre me siguió allá, guardiana y curadora de mi tierna edad." Y allí el pequeño colegial hubo de dejarla para siempre, víctima de una epidemia que se encarnizó sobre la ciudad, en la que habían morado juntos nueve años. Lóbrega hubo de parecerle la escuela conventual de San Lebuino, con su iglesia gótica y con su cripta románica poblada de delirios de enfermo labrados en la piedra; y bárbara le pareció la enseñanza, y bárbaros los textos, y bárbaros los maestros. Erasmo da los nombres de estos caudillos de la barbarie: Papias Hugnicio, Ebrardo, Juan de Garlandia y otros indignos aun de que se haga de ellos mención. Una excepción hace de Alejandro Hegio y de Zintio, que le *dejaron oler un poco de buena literatura*. No es edificante ni elegante, por cierto, el encono tardío con que Erasmo se ensaña en la memoria de sus primeros maestros, para los cuales los corazones bien nacidos

suelen guardar un poso de ternura remota y la generosidad de un dorado recuerdo. El mismo Renán habla con más emoción de los primeros preceptores espirituales, de los excelentes sacerdotes de Saint Ives, que sembraron en su pecho todo cuanto podía haber de bueno en él. Muerta su madre, el pequeño colegial regresó a su patria, en donde su padre Gerardo, tomado de incurable melancolía, enfermó y murió; ambos no mucho más allá de los cuarenta años. Quedó el huérfano al cuidado de tres tutores; el principal, Pedro Winckel, el maestro de Ter Gouw, quienes le enviaron a Bois-le-Duc, a una escuela dirigida por frailes de la vida común, en donde vivió (es decir, *perdió*, son sus palabras crueles) casi tres años. Allí, su profesor Romboldo tuvo atisbos del genio de su alumno y comenzó a trabajar para incorporarlo en su congregación. Mas unas fiebres cuartanas pertinaces, que le duraron más de un año, arrancáronle a la captación de Romboldo. Quedó baldía la incipiente y débil vocación. Erasmo volvió a sus tutores, los cuales le enviaron al monasterio de Steyn, de canónigos de la Orden de San Agustín. Erasmo tenía unos veinte años.

¿TERENCIO O TOMÁS DE KEMPIS?

En aquella soledad umbrátil, tan propicia al estudio tranquilo y a la meditación, el mozo Erasmo se consagró al amor furtivo y sabroso de las Musas.

Y estas musas, amor de sus amores y cebo de sus clandestinidades, que danzan ante su joven imaginación con la túnica sucinta con que Corina se mostraba a Ovidio, con la ropa desceñida con que las Gracias aparecían a Horacio, eran aquellas guirnaldas de figuras femeninas que nacieron de la mente risueña de Terencio, el liberto africano que escribió como un patricio; y bárbaro como era, amasó con sus manos pulcras un latín urbano que no desdeñarían ni Lelio ni Escipión, sus nobles amigos, y lo sembró de primores, de exquisiteces, de caricias y de delicias. Doblar el cuello bajo la regla de San Agustín y con amorosa complacencia albergar en la frente, bajo la cogulla, la leve y graciosa ronda de las herofinas del teatro teren-

ciano no son cosas que se compadezcan demasiado. No hacía mucho tiempo que un hermano suyo de hábito, Tomás de Kempis, en latín tosco y riquísimo de áspera miel secreta, como la que acaso guarda una silvestre encina debajo de su rugosa corteza, en un hueco de su tronco, había escrito el tratadito *De imitatione Christi*, que cabe en el mismo pequeño volumen tipográfico que las seis comedias del liberto africano. Erasmo, que había de aficionarse a esta suerte de trataditos breves y había de componer tantos, ignora o afecta ignorar el de su hermano en religión; si lo leyó, lo hizo con ojo displicente y con corazón desdeñoso; no fué ciertamente su *Vademecum* de piedad ni lo llevó escondido como una medallita familiar o como el mismo manojito de mirra, que perfuma todos los pensamientos y todas las acciones, entre los pliegues de su hábito. Él mismo dice de sí que jamás en su vida fué *putidulus*, es decir, quisquilloso, melindroso y cargado de dengues. ¡Es tan difícil conocerse a sí mismo! Erasmo, toda su vida no fué otra cosa. Y de la misma manera que hacía ascos al pescado de la mesa conventual, los hizo, sin duda, al pequeño libro maravilloso, humilde, austero, que repugnaba la proximidad del cómico latino, a quien él frecuentaba con mano diurna y con nocturna mano; nocturna sobre todo. Dispensado como estaba, por su precaria salud y por la fragilidad de su cuerpo ternezuelo —*tennelli corpusculi*—, de asistir a los oficios de maitines y laudes, él consagraba las noches conventuales a la lectura de los poetas con tal encarnizamiento que aquella su oración y vela en perpetua vigilancia amagaba con arruinar su salud y secar su cerebro. De aquellas lecturas sacaba el pálido novicio, pálido como quien ha bebido infusiones de cohombro, si es válida la receta de Plinio, de aquellas lecturas, digo, sacaba el insomne novicio:

*las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche.*

Un cómplice de estas nocturnas orgías intelectuales halló Erasmo en su connovicio Cornelio de Woerden, a quien contaminó el amor de Terencio. En esta recatada clandestinidad, cuando las estrellas persuaden sueño y los frailes rezan el sal-

terio; en estos sigilosos congresos nocturnos, hallándole el sabor que tienen las aguas profundas y el pan escondido, Erasmo era el lector y el comentarista del texto no sagrado. Él era el preste de aquel sigiloso oficio nocturno: *Clam una nonnumquam nocte comoediam terentianam Erasmus praelegebat*. A veces, en una sola noche, sin tomar alimento, Erasmo leía una comedia de Terencio completa.

Un convento no es un parnaso ni un asilo de las musas. Harto se adivina que Erasmo no era en el monasterio de Steyn un religioso ejemplar. Las prácticas monásticas le parecen ceremonias judaicas. El canto litúrgico, el rezo en común le dan grima. No siente afecto por la piedad. Él mismo confirma este juicio al atenuarle diciendo que por ella no sentía horror, precisamente *non abhorrebat a pietate*. Erasmo elude la obediencia y rompe la regla con sigilo. Y precisamente en la obediencia y en la sujeción Tomás de Kempis, su hermano de hábito, colocaba el fundamento de la vida religiosa:

“Gran cosa es estar en obediencia y vivir debajo de prelado y no ser suyo propio. Mucho más seguro es estar en sujeción que en mando. Muchos están en obediencia más por necesidad que por caridad, los cuales tienen trabajo, y ligeramente murmurarán y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan por Dios de todo corazón. Anda de una parte a otra y no hallarás descanso sino en la humilde sujeción al prelado. Muchos se dejaron engañar por la imaginación y el amor de la mudanza...” Erasmo, en alas de su imaginación, meditaba esta suerte de cambios engañosos contra los cuales avisa el ascético autor agustiniano; para Erasmo, en balde.

Erasmo abandonó el monasterio de Steyn en el año 1492 o 1493. Había residido en él durante cinco años, profesado los votos monásticos, recibido la orden del presbiterado de manos del obispo de Utrecht, David de Borgoña, en el mes de abril de 1492. Erasmo guarda rencor a los agustinos de Steyn por la oposición que hicieron a sus entrañables estudios y a sus lozanas juvenilidades de humanista. Y sale con el sombrío designio de vengarse de ellos con la pluma: *Institueram ulcisci me calamo*. Magnánimo designio que han tenido otros desertores del claustro. Y como el conjurado griego Harmodio, que mató a Hiparco,

tirano de Atenas, Erasmo escondió también el puñal en un ramo de mirto. Erasmo disimuló este designio ruin en una pulidez aparente. Sale del convento con la sonrisa cortante en los labios finos; sale sin ruido, bien ceñida la correa, el sayal bien compuesto; bien calada la capilla; sale con elegancia, con pasos callados y menuditos; sale como un humanista. Uno de sus sueños juveniles había sido el de jugar toda su vida con la pluma incruenta: *incruento calamo luderem perpetuo*. Pero bien pronto rectificó este generoso propósito inicial; iba ya a mojar su pluma en sangre viva. Cuando la puerta de Steyn se cerró detrás de él, debajo del hábito llevaba los borradores del primer libro de batalla, del libro-manifiesto con que comenzó a hostilizar con pluma sangrienta. Este libro fué el *Antibarbarorum liber*.

EL PUÑAL EN EL RAMO DE MIRTO.

Los bárbaros, para Erasmo, son los monjes. Piensa preferentemente, exclusivamente acaso, en los agustinos; pero por prudencia, para guardar el decoro que a veces parece sustituir su moral, desvía y amplía la agresión. Los bárbaros son, en el libelo venenoso y mordaz, las órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos, carmelitas. Erasmo concita contra la horda capilluda todas las odiosidades y acumula sobre sus anchas espaldas todos los vicios: son ignorantes, son perezosos, son vindicativos, son sensuales. Nada más odioso, nada más funesto, nada más hostil a todo el coro de las Musas que estas gentes disfrazadas de religión; gracias a un hábito venerable, gracias a unas apariencias de santidad han adquirido entre los sencillos y las mujerzuelas una autoridad no pequeña. A estas gentes se les consulta, y si no, se meten ellos en los consejos de familia. Tanto monta consultar a un camello cosas de danza o a un asno cosas de música. Cuando se consulta a un franciscano, a un dominico, a un carmelita sobre métodos de educación, sobre los maestros que se deben escoger para los hijos, estos consejeros, con una maravillosa severidad, desaconsejan en primer término la lectura de los poetas, y para estos ciegos son poetas Quintiliano, Plinio, Aulo Gelio, Tito Livio; en una palabra,

todos los que escribieron latín. Y aconsejan, en cambio, los autores que ellos estudiaron en sus estúpidas mocedades. El uno manda aprender latín en el Salterio; el otro, en los Proverbios de Salomón; el otro remite al imbécil *Mamotreto*; el otro, al *Catolicon*, que éstos eran los manuales en que ellos aprendieron su barbarie. Y esto predicán en el púlpito, que es su reino; y esto dicen en las conversaciones familiares; y esto mismo en las confesiones auriculares, en las que se les antoja ser como dioses.

No nos escandalicen demasiado estas procacidades juveniles. Su misma monstruosa exageración las hace casi inocuas. Venenos más pérfidos y sutiles aprendió Erasmo de confeccionar en aquella su cámara de alquimista cerebral, en donde introdujo a los personajes de su invención, Filecoo y Salo. Triste sino el del escritor que se creía nacido para inocentes juegos de pluma; jugó copiosamente, jugó a todo su placer; jugó con aplauso de los inconscientes o de los mal avisados, y luego, al ver las consecuencias de estos juegos, ante el espectáculo de las tragedias que desataron aquellas bagatelas: *Hae nugae seria ducunt*, se espantó de su obra y quiso retroceder, ¡ay dolor!, cuando ya fué demasiado tarde. Los diez postreros años de su vida lo fueron de retractaciones. Al escribir el *Libro de los antibárbaros*, Erasmo es joven, y el presunto agravio es reciente y está fresca la ciega y oculta herida. Su pensamiento no tiene la conveniente medida, ni su pluma el debido comedimiento, que, por otra parte, le faltó tantas veces. Pero en las postrimerías de su larga existencia, con ayuda de la experiencia y de la reflexión, comprenderá que el humanismo rabioso, el humanismo integralmente profesado conduce a extremos fatales y a la ruina del Cristianismo, cosa que honradamente hemos de reconocer que no entró nunca en sus ambiciones ni en sus intenciones.

Con los años, su fe personal, lejos de menguar, se purifica y se desprende de peligrosas admiraciones. En las obras de su edad tardana encontramos sentencias que contradicen y anulan las afirmaciones de su pluma juvenil. En el *Dialogus Ciceronianus*, escrito en 1528, léese esta fórmula, que contradice y enmienda su pensamiento anterior: "Toda la filosofía de los griegos, en comparación de la filosofía de Cristo, es sueño y

bagatela." Y en 1835, a la luz de la muerte ya próxima, ve el gran pagano que aquel entusiasmo desmesurado por la anti-güedad es un retorno puro y simple al paganismo. Y lanza su grito de alarma y dice a su interlocutor Nesopono, ciceroniano intransigente: "Créeme, Nesopono, es paganidad pura esta que tales cosas persuade a nuestros ánimos. De nombre somos cristianos... De boca alabamos a Cristo; pero en el pecho tenemos a Júpiter, Optimo Máximo."

Con esta tardía atrición pudiéramos dar por borrado de la bibliografía erasmiana el *Antibarbarorum liber*, si desgraciadamente no hubiera reincidido copiosamente, agravando y extendiendo el mal con más sañudas y pérfidas aportaciones.

Aunque la ruptura de Erasmo con la Orden agustiniana no se consumó escandalosamente hasta muchos años después de su salida de Styen, desde el episodio de la publicación del *Antibarbarorum liber* puede decirse que quedó liquidada y consumada. Tomás de Kempis escribió esta máxima de oro: "Muy loable es al hombre religioso salir fuera pocas veces, huir de mostrarse y no querer ver a los hombres. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener?" Erasmo, el exclaustro de Steyn, escribió esta otra: "Los monjes se creen en seguridad si, a guisa de los caracoles dentro de su concha, viven en su celda perpetuamente acurrucados." Dos lenguajes, dos conductas. Y ante Erasmo, los anchos caminos del mundo. Y entre sus dedos finos la pluma pavorosa, el ominoso cuchillo de dos filos.

EL "MANUAL DEL CABALLERO CRISTIANO".

No es posible en un trabajo breve, con la doble limitación del tiempo y del espacio, seguir paso a paso los de la vida errabunda y sinuosa de Erasmo como la de su propio pensamiento. Intentaremos amojonar esta vida por sus libros. Y uno de sus mojonnes es el *Enquiridión* o el *Manual del caballero cristiano*. Su influencia en España ha sido estudiada copiosa y sagazmente, y no hemos de llevar nuestros pies por una vía ya muy conocida y hollada. Escribió Erasmo el *Enquiridión* el año 1501, en

la abadía de Saint Bertin, cerca de Saint-Omer. Si hemos de creer a su propio autor, esta obra fué engendrada del azar:

“Había en el castillo de Tournai un caballero amigo mío y de Bato, casado con una mujer de singular piedad. Este caballero para nadie era peor que para sí; pródigo, mujeriego, adúltero y, por otra parte, de una gentil cortesanía para con todos. Tenía para los teólogos un soberano desprecio; pero de mí sólo hacía excepción. Su esposa andaba cuidadosa en extremo de la salud de su marido. Y ésta, por mediación de Bato, me pidió que le consignara por escrito algo que inculcase en el ánimo del caballero el amor de la religión, pero con tal cautela que él no conociese que su mujer había intervenido en ello, pues era con ella cruel hasta los golpes, como es costumbre en la gente militar.” Esta, al decir de Erasmo, fué la ocasión de la obra, que, de todas maneras, hubiera sido escrita. Y de su intención al escribirla da fe el propio Erasmo en el prólogo, que cito, según la edición castellana anónima y sin año que publicó Miguel de Eguía, el editor alcalaíno de otras obras erasmianas, tales como las *Paráfrasis a los Evangelios*.

“Hasme pedido con mucho deseo, hermano muy amado en nuestro Señor, que te diese por escrito alguna breve y compendiosa forma de bien vivir, por cuya instrucción puedas alcanzar a tener tu ánimo dispuesta para que more en ella Jesu Christo. Y dizesme que ha ya días que vida del palacio te tiene enojado, y que en otra cosa no piensas, sino en como podrás salir della dexándola con todos sus daños y provechos y como quien se escapa de Egipto, querrias alguna buena guía qual fué Moysén al pueblo de Israel, con que poder caminar prosperamente por la carrera de las virtudes.

”Quanto yo más caramente te amo, hermano mío, tanto más enteramente me gozo deste tu proposito tan saludable, el qual yo espero que quien tuvo por bien despertarle en tí terná cuidado de acrecentarle y llevar adelante, sin que para esto haya necesidad de mi. Pero, con todo esso, yo acuerdo de obedecer en esto de muy buena voluntad, assi por ser tan amigo el que pide como por ser cosa tan justa y santa la que se pide. Mas deveste esforçar todavia y tomar tal cuidado por do parezca que ni tu has buscado en balde estos medios para proveer a tu

necesidad ni yo me he puesto sin fruto a escribirlos por obedecer en esto a tu voluntad. Antes nos concordemos entrambos en un mismo deseo pidiendo que venga en nosotros aquel muy piadoso Espíritu Santo, para que a mi me ofrezca cosas saludables que escribir y a ti dé gracia para las poder obrar.”

Este sabroso y suave castellano, vena de leche y de miel, tiene una blandura y unción de que carece el original erasmiano, y no parece por esta muestra que el puñal (que esto quiere decir *Enquiridión*) con que Erasmo quiere armar al caballero de Cristo haya de tener enarbolado su acero frío. Y así es, no obstante. Este libro es la contrapartida de un insincero tratado ascético que Erasmo compuso en el monasterio de Steyn, bajo el título *De Contemptu mundi*, elaborado por ejercitar su estilo, como lo fueron algunos trataditos de San Jerónimo, librito que ni el propio autor ni la posteridad tuvieron en grande aprecio. Con aquella obrita juvenil y retórica, incluida en el género suasorio, Erasmo pretendía inculcar el amor de la vida religiosa en una joven alma vacilante. En cambio, el *Enquiridión* o *Manual del caballero cristiano*, prescindiendo de la circunstancia novelesca con que su autor quiso decorar su nacimiento, fué escrito para arrancar en otra alma la posible vocación al monacato. En la primera edición del *Enquiridión*, que fué del año 1501 (la versión castellana, reproducida por Dámaso Alonso en la *Revista de Filología Española*, anejo XVI, seguramente se hizo sobre una edición posterior enmendada), dice el autor en el prólogo:

“Con instancia muy encarecida pedísteme, hermano muy amado en el Señor, que te señalase una regla de conducta que te pudiera ayudar a ser digno de Cristo. Tú me afirmaste que mucho tiempo ha la vida de la Corte te causa un fastidio profundo y que andas buscando cómo huir de Egipto con sus vicios y con sus halagos. La fraterna caridad me impelió a escribir este opúsculo a toda priesa y sin preparación. El puede servirte en tus deseos de perfeccionamiento. Y con tanta mayor priesa lo escribí cuanto que temía que no fueses a dar en manos de aquellos religiosos supersticiosos, de aquellos Zelotes que van trotando por el mundo para hacer prosélitos y precipitarlos en el monacato. El monacato no es la piedad, sino un género de

vida, el cual yo ciertamente no te aconsejo, pero tampoco te lo desaconsejo." Las palabras latinas son éstas: *Monachatus non est pietas, ser vitae genus ad quod equidem ut te non adhortor, ita ne dehortor quidem...* Siempre cauto Erasmo, siempre ondulante, reticente, sinuoso, pronto a la audacia, fácil a la atenuación, escurridizo, huidizo, verdadero Proteo, ambiguo y equívoco, y como Lutero le decía, rey de las anfibologías. Su cristianismo es exangüe. No es una revelación, sino una filosofía moral. El catecismo de Erasmo está expurgado de todo lo que no complacería a un griego o a un latino. Su afirmación central parece ser ésta: *Christus a nobis praeter puram simplicemque vitam nihil exigit*: "Cristo, fuera de una vida pura y simple, no exige nada de nosotros." O con otros términos: "Cristo nació y murió para principalmente enseñarnos no a judaizar, sino a amar." *Ob hoc potissimum natus ac mortuus est ut nos doceret non judaizare sed amare*. Y en otro pasaje dice: "Yo me sonrojaría de referir con cuánta superstición (los religiosos) observan unas insignificantes ceremonias (*ceremoniolas*) instituidas por unos hombrecillos." Es muy duro, muy desdeñoso e irreverente este diminutivo aplicado a un San Benito, a un San Francisco, a un Santo Domingo; pero no es seguro que aquel calificativo tan diminutivo fuera por ellos, que fueron tan grandes fundadores. Acaso al escribir esto Erasmo pensaba en el fundador de los *Hermanos de la vida común*, Gerardo Groot, entre quienes se educó en su infancia. Pero por todo ello y por la glacial y repelente frialdad que comunica esta arma espiritual que Erasmo quiso poner en el puño del caballero cristiano, se comprende demasiado la repulsión instintiva que la lectura del *Enquiridión* causó en el Estropeado de Pamplona, cuando estudiaba latín, preparándose para la fundación de otra milicia, a quien había de dotar de mejores armas.

ERASMO Y SAN IGNACIO.

Cuentan los biógrafos de Iñigo de Loyola, en los comienzos de su conversión, que en la ciudad de Barcelona, mezclado con un vocinglero bando de muchachos, asistía a las lecciones de

Gramática latina que, armado de su férula, profesaba mosén Jerónimo Ardevol, beneficiado de Santa María del Mar. Seguía el santo las explicaciones del dómine pacienzudo con gran atención, obediencia y docilidad, y deseoso de cooperar al esfuerzo del maestro, que le hacía decorar las lecciones teóricas, creyó que le convenía intensificar el trabajo personal con la lectura asidua de aquellos autores que eran espejo de pureza y árbitros de las latinas elegancias. Erasmo era uno de aquellos autores que para raer una palabra bárbara hubiera ido a arrancarla del propio santuario de Minerva, si en él buscara asilo y refugio. La fama del gran humanista había ya llegado a Barcelona, y a Barcelona, emporio de estudios gramaticales que allá trajo el vizcaíno Martín de Ibarra, el *Cantábrico*, discípulo de Nebrija, cuyo *Lexicon* hacía gemir con dolores de parto las imprentas barcelonesas, habían llegado ya los libros erasmianos. Dejemos que sea el primer biógrafo ignaciano quien nos refiera el trance. Dice el Padre Pedro de Ribadeneira en la *Vida de San Ignacio*:

“Prosiguiendo, pues, en los ejercicios de sus letras, aconsejaronle algunos hombres letrados y píos que para aprender bien la lengua latina, y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro *De milite christiano*, que quiere decir “De un caballero cristiano”, que compuso en latín Erasmo Roterodamo, el cual en aquel tiempo tenía grande fama de hombre docto y elegante en el decir. Y entre los otros que fueron de este parecer también lo fué el confesor de Ignacio. Y así, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad a leer en él con mucho cuidado y anotar sus frases y modo de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es que en tomando este libro (que digo) de Erasmo en las manos y comenzando a leer en él, juntamente se le comenzaba a entibiar su fervor y enfriársele la devoción. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la lección le parecía que se le había acabado y helado todo el ardor que antes tenía, y apagado su espíritu y trocado su corazón, y que no era el mismo después de la lección que antes de ella. Y como echase de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demás obras de este autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que después jamás no quiso

leerlas él ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen sino con mucho delecto y cautela.”

A las claras se ve que el Padre Ribadeneira no había leído el *Enquiridión*, pues lo cita mal, escarmentado en la cabeza de su santo Padre, que por un infalible instinto entre las hierbas había conocido el acónito y entre el mirto doloso el puñal aleve. Erasmo, en esta obra, más que en ninguna otra de las suyas, comunica la sensación que da una bestia hemacrina o el contacto de un miembro helado. De esta temperatura glacial en que el fervor de Ignacio se entumecía y se arrecía, acudió a la fuente generosa y termal de otro escritor agustiniano; lanzó lejos el *Enquiridión*, el acerado puñalito frío, y se acogió al hacecito de mirra que es el *Kempis*. Lo dice Ribadeneira:

“El libro espiritual que más traía en las manos, y cuya lección siempre aconsejaba, era el *Contemptus mundi*, que se intitula *De Imitatione Christi*, que compuso Tomás de Kempis, cuyo espíritu se le embebió y pegó a las entrañas.”

LOS ADAGIOS.

Erasmo, en una de sus cartas, dice a su corresponsal: “Mientras me estoy detenido en los jardines de los griegos, voy cogiendo al pasar y al azar muchas cosas que más tarde podrán ser útiles a las sagradas letras.” Estas cosas que Erasmo recogía en las letras griegas, aportación futura a las letras santas, eran los *Adagios*. Espigando con paciencia y sagacidad, llegó Erasmo a reunir con ellos una garba enorme. Publicada la primera colección en el año 1501, dió a su autor una celebridad súbita. El latín estaba en aquella sazón en su máximo auge: todo el mundo se preciaba de saberlo y aun de escribirlo, y cuando no, gustaban de rociar y amenizar los escritos en lengua vulgar con citas y sentencias latinas. Erasmo iba a darles gran parte del trabajo hecho. Las más bellas flores de las literaturas griegas y latinas están en los *Adagios*, con la más exquisita y sagaz de las selecciones y con la más amena y erudita de las explicaciones. El libro se vende como pan bendito. Una edición atropella y devora a la otra. Y el autor, complacido de la acogida insólita,

va acreciendo el acervo; cada edición aumenta en más del doble las citas de la edición precedente. El rico dominio en donde segó tan rica cosecha es de nuevo explorado por el segador, que de cada día ensancha más sus graneros. Pónese en relación con Aldo Manucio, y trasladado a Venecia, en la intimidad del gran impresor, trabajan mano a mano en la espléndida edición aldina *Adagiorum Chiliades*, obra deleitosa y rica en su aparente sequedad de diccionario. El humanismo de Erasmo se vuelca en los *Adagios* todo entero. Los contemporáneas atisban el valor inmenso de la obra. Guillermo Budé, el autor de *De transitu hellenismi ad Christianismum*, y a cuya sombra ha nacido en Francia un generoso empeño de restauración de textos y de estudios clásicos, saluda la aparición del imponente infolio aldino y erasmiano con los más entusiastas elogios: llama al libro de los *Adagios* el jardín de Alcino, noble y feliz metáfora que indica la variedad y la suculencia de los frutos que se pueden coger. Allí se nos muestra reunido todo el saber de la antigüedad; aquel libro solo vale por todo el Liceo, vale por toda la Academia. Los pies se detienen al borde del bosque espeso y lujuriente, por encima de cuyas enramadas asoman bellas y armónicas construcciones de mármol sólido, como aquellas que gustaba de pintar el genio pagano de Poussin en sus risueños cuadros arqueológicos; pero así que se ha entrado en él, un inefable hechizo detiene y encanta al explorador. Ora son lindos arroyuelos de agua sonora y morosa los que prenden y encantan el oído, ora son grandes lagos apacibles los que encadenan los ojos y el alma. He querido decir que encuéntranse adagios cuya explicación es parca; mientras que en otros la fertilidad del ingenio de Erasmo se expande en largas disertaciones. Erasmo mismo nos explica lo que él quiso hacer con estas copiosas compilaciones, fruto de tanta sagacidad y vigiliat. Es la sabiduría antigua, toda entera, que él descubre en estos millares o "Quilíadas" de proverbios, y con su trabajo Erasmo quiere ponerla a nuestro alcance. Él mismo define el adagio o paremia: *Paræmia est celebre dictum scita quapiam novitate insigne*. El adagio es un dicho célebre que contiene alguna novedad de sabiduría. Tiene una cuádruple utilidad: sirve a la filosofía, ayuda a persuadir, ayuda a embellecer la oración, ayuda a la inteligencia

de los mejores autores. Erasmo pensó siempre y dijo muchas veces que la antigüedad posee un maravilloso tesoro, no aquilataado suficientemente, de verdades morales cuajadas en los adagios. En la recopilación de los suyos Erasmo atiende con preferencia a la moral práctica. Al lector de los autores antiguos importa mucho penetrar el sentido de muchas sentencias que a un hombre moderno resultan oscuras: la ambición de Erasmo es llevar luz a estas tinieblas y claridad a estos enigmas. Los adagios que Erasmo reunió con tanta paciencia y comentó con mayor o menor penetración tienen un valor filosófico, en el sentido que la etimología da a este vocablo:

“La filosofía de los antiguos (es, a saber, su ciencia práctica) estaba casi toda contenida en los proverbios: los oráculos de los antiguos sabios no son otra cosa. Creyóseles emanados del cielo, tanta era la autoridad que se les concedía. Y Juvenal dice que del cielo bajó aquella fórmula de filosofía moral: Conócete a ti mismo. Se les grababa en el mármol, se les inscribía en los frontones de los templos, porque se les juzgaba merecedores de una memoria perdurable. Si algunos de estos adagios nos parecen harto breves, recordemos que no es por su cantidad, sino por su calidad, que se les debe aquilatar. Las piedras preciosas, malgrado de su pequeñez, tienen más aprecio que los peñones grandes.”

Estos proverbios que recorren el mundo, que son ubicuos y se les encuentra en donde quiera y se transmiten de lengua en lengua y de civilización en civilización, proceden de las más profundas épocas de la Historia; son restos sobrevivientes y venerables testigos de la sabiduría de los hombres de la antigüedad. Es menester recogerlos con devoción. La humanidad encerró en ellos lo que tiene de más exquisita y de mejor. Y afirma Erasmo con una solemne gravedad: “Hay en estas paremias, sin duda, una nativa y genuina fuerza de verdad; porque si no fuera así, ¿cómo se explicaría que muchas veces una sola sentencia haya pasado a cien pueblos y que no haya muerto, ni siquiera envejecido, a través de tan largo discurso de siglos, que ni las mismas pirámides pudieron resistir?” Es emocionante esta piedad erasmiana por las bellas sentencias, en las cuales la voz de los siglos pretéritos nos convida a la sabiduría, y es pia-

doso este esmero suyo por recoger aquellas migajas de verdad, relieves del gran convite. La humanidad no es nueva. Erasmo, que tiene la profunda sensación de su antigüedad misteriosa, remonta la larga, la indefinida ruta de los tiempos y se admira de las huellas que en ella dejó el éxodo de las muchedumbres efímeras. En la explicación del adagio *Homo, Bulla* (el hombre es una burbuja) Erasmo llega a altos y soberanos pensamientos, dignos de San Agustín y de Bossuet. En ella describe y casi canta la fragilidad del hombre, sombra incierta, sueño que se disipa, hoja leve y volante arrancada del árbol siempre verde; y con todo eso no deja de ser criatura inmortal y divina. Las palabras que este hombre-burbuja profirió en sus altos momentos de inspiración dan testimonio de sus destinos oscuros y magníficos. Erasmo contempla la humanidad en su camino hacia los dioses (tolerémosle esta expresión de humanista) en su camino hacia Dios, y no puede imaginarse que Dios haya estado un momento ausente o alejado de ella. Erasmo en este fenómeno histórico cree descubrir la continuidad que une la sabiduría antigua con la sabiduría cristiana, continuidad profunda necesaria, que, a decir verdad, confunde los lindes entre la filosofía y la teología: ambigua raya geográfica en que Erasmo gustó siempre de morar.

Comentando en otro pasaje el precepto pitagórico "de la herencia no partida" entre los adeptos de su doctrina, Erasmo recomienda este extraño comunismo: "Si meditamos bien este proverbio, hallaremos que esta breve fórmula es la cifra y el compendio de la filosofía de la felicidad para la humanidad. ¿Y qué hace Platón en otras tantas de sus obras sino recomendarnos la comunidad de los bienes y la amistad que es su principio? Si se pudiera convencer a los hombres de esta verdad capital, en el acto cesarían las guerras, la envidia, el fraude y todos los males que nos tienen asolados. De la misma manera Cristo, que es la cabeza de nuestra religión, no nos inculca más que un solo precepto: el de la mutua caridad. Y la esencia de la caridad consiste en ponerlo todo en común. Es menester que imitemos la caridad de Cristo con su Padre, formando con Él y los unos con los otros un solo cuerpo y una sola alma: las mismas alegrías, las mismas tristezas. Y estas mismas enseñan-

zas nos da aquel místico pan que de muchos granos se ha reducido a una sola harina, y esto mismo nos enseña aquel vino en el cual los muchos racimos se han fundido en un solo licor. En donde se ve cuán grande océano de filosofía o, mejor, de teología encierra y manifiesta un adagio tan breve." Es inútil buscar este y otros pasajes de tan osada doctrina en los ejemplares de los *Adagios* revisados por los censores del Santo Oficio, pues o desaparecen bajo un recio pegote de papel, o están borrados por gruesos plumazos de espesa tinta que los hace ilegibles. De todas maneras, cuesta mucho creer en la sinceridad del comunismo de Erasmo, que se dejó pintar por Holbein con las manos cuajadas de pedrería y envuelto en pieles preciosas.

Sea como sea, los *Adagios* constituyen una de las más inocuas obras de Erasmo. Si hay veneno, como sin duda lo hay, aparece diluido en el libro, extensísimo. Y es, sin duda, una de sus obras de más apacible y serena lectura. Nos hace amar y admirar la antigüedad tan rica en verdades. Nos hace participar en aquella casi divina asamblea de grandes hombres que en bronce perenne acuñaron las sentencias inmortales; asamblea muy semejante a aquella que el Dante, en su viaje al infierno, halló en un prado de fresca verdura, conversando en calma, mientras con palma lenta ordeñaban las barbas filosóficas.

*Genti v'eran con occhi tardi e gravi
di grande autorità ne lor sembianti:
parlavan rado, con voci soavi.*

Filósofos y héroes de la antigüedad de ojos graves y dulces; con la autoridad reflejada en los semblantes, que hablaban espaciadamente, con grande y musical suavidad de voces. En este concento de voces bajas y melodiosas habla el austero y piadoso Plutarco: "nadie entre los antiguos fué mejor que este hombre". Habla Zenón, que fué casto y templado. Habla Xenócrates, que fué de una austeridad premonacal (este epíteto no es de Erasmo, como se puede suponer; se lo he puesto yo). Habla Pitágoras, que fué el más religioso de los educadores; vegetariano y silencioso para domeñar mejor las pasiones bajas y las intemperancias de la lengua, e introductor en su escuela filosófica del

examen diario de la conciencia; maestro de perfección y director espiritual, que puede ser provechoso a los mismos cristianos. Hemos de agradecer a Erasmo que nos haya introducido en este convento pagano de santos, en donde los profesos practican la sabiduría a la sombra de los serenos templos antiguos. Más intolerables para Erasmo resultan los cenobios cristianos, y en los *Adagios* no les perdona feroces invectivas. La vehemencia misma con que manifiesta sus ingénitas e ingenuas antipatías le quitan, para un lector moderno, gran parte de su virulencia.

LOS COLOQUIOS FAMILIARES.

Es verdaderamente de oro aquella sentencia de Juvenal: *Maxima debetur puero reverentia*: “al niño se le debe la reverencia máxima”. No lo tuvo, sin duda, en cuenta Erasmo al escribir los *Colloquia*. Los dedicó a la puericia “para hacerla más latina y mejor”. Así lo escribe él mismo en la cariñosísima carta nuncupatoria a Juan Erasmo Frobenio, hijo del impresor suizo de este nombre: Froben, niño de las mejores esperanzas. Esta carta encabeza las ediciones salidas de las afamadas prensas de su padre:

“Superó el librito que te dediqué todas las expectativas, mi pequeño Erasmo de miel. El libro es amado, es arrebatado, es trillado por las manos de la estudiosa mocedad de tal manera que tu padre tuvo que imprimirle de nuevo y yo tuve que acrecentarle con nuevos enriquecimientos. Dirías que el librito es también “erasmión” (voz griega, que significa amable) y que es la delicia de las Musas... Siendo tantos los muchachos que te dan las gracias por haberles dado tú la ocasión de leer los *Coloquios*, sería lamentable y absurdo que por su propia culpa y con tu misma conducta no me dieras a mí las gracias del librito... Entraste en aquella edad que es la más apta para empaparte bien en las semillas de las letras y la piedad. Que Jesús, Señor nuestro, conserve esta tu edad pura de toda suerte de mancillas y de día en día la promueva a frutos mejores.”

Pedagogía demoledora la de los *Coloquios* erasmianos, cuyas malignas influencias adivinó con su delicado y certero instinto

de pedagogo en Cristo nuestro Luis Vives, el más cristiano de todos los hombres del Renacimiento. Fué precisamente para contrarrestar el maligno influjo de los *Coloquios* erasmianos y suplantarlos en las manos tiernas y en los ojos ingenuos que él escribió sus *Diálogos pueriles*. El piadoso humanista Mayans y Ciscar dice en la censura de la traducción castellana de los *Diálogos* de Vives, hecha por Cristóbal Coret: "Consideró Vives que los *Coloquios* de su amigo Erasmo de Rotterdam eran mordacísimos, demasiado burlones, algunas veces poco latinos, y por dichas razones no convenientes a los niños, a quienes solamente debe darse doctrina provechosa en estilo puro, sencillo y claro..."

En ninguna de las obras del polígrafo holandés como en los *Coloquios* el genio de Erasmo se halla en su propio elemento y en su propia temperatura. Su genio, como le reconoce él mismo, no tenía nada de dramático ni de polémico. Erasmo había nacido para los "juegos" amables, para la ironía sonriente y medio escéptica, para el mariposeo de un pensamiento ágil y tornado. Quejábase en la época en que escribió las sucesivas ediciones de los *Coloquios* (1518-1523) que hasta aquella fecha muy pocas veces había luchado en su propia arena y servido a su talante propio. En los *Coloquios* el genio suelto y errabundo de Erasmo se encuentra a todo placer. La misma forma dialogada le da una libertad y soltura extraordinarias. Por su andadura libre, por la viveza de su paso, los *Coloquios* tienen una muy próxima semejanza con los diálogos de Luciano, y están exentos de toda traba y limpios de todo pedantismo. El tono es sencillo y regocijado. No es una cátedra lo que él levanta, ni un aula lo que abre. Es una simple conversación en el campo, en la casa, en la mesa, en el coche. En ellos se trata a la ligera, muy burla burlando, de la religión, de la paz, de la guerra, de la amistad, de la vejez, de la educación, de la vocación, de urbanidad menuda, de la superstición de la nobleza, de las peregrinaciones, de la Inquisición, de la fe, de los monjes y las monjas, del juego de dados, de la caza, de los votos eclesiásticos, de gramática, de humanidades, de fábulas, de duendes, de indulgencias, de higiene; en una palabra, *de omni re scibili*. Sólo una cosa parece salir indemne de este insigne multiloquio, y es la

jerarquía eclesiástica. No por falta de ganas, sino por una elemental prudencia que a Erasmo no le abandonó casi nunca. Con los obispos y el Papa no se atreve. Aparecen en los diálogos de tarde en tarde, a distancia y con el debido respeto. Es un tema delicado, un "tabú", diríamos ahora, contra el cual nada osa. Y no recata el motivo en una carta: "Ni tengo el alma tan impía que quiera hacer escarnio del Sumo Pontífice, ni soy tan necio que vaya yo a escribir contra los que pueden proscribir."

Nec animus tam impius ut summum Pontificem velim ludere, nec tam stultus ut in eos velim scribere, qui possunt proscribere.

Es infinitamente variado y rico el pequeño mundo de las personas que intervienen en la apacible comedia erasmiana: monjes y frailes, doncellas y casadas, gentes de hostel, gentes de mercados, gentes universitarias, hombres del pueblo, humanistas, que se interesan todos por un igual en los problemas religiosos y morales de su tiempo. Trabados estos personajes en conversación urbana, siempre amena, intrascendente en apariencia, Erasmo les confía sus propias ideas y se complace en el amable juego de ponerlas en choque y contradicción. En este apacible combate de palabras, mansas al parecer, late a veces un conflicto violentísimo, y conceptos que apenas se insinúan tienen un gran alcance. Los *Coloquios* son luchas sin árbitro; son combates en los que no hay en apariencia ni vencidos ni vencedores. Como en la lucha del Vizcaíno y de Don Quijote, quedan en alto las cortadoras espadas. Erasmo dice todo lo que tiene que decir, y declina en los personajes interlocutores la responsabilidad de sus propias ideas. Este recurso le da una absoluta comodidad y una libertad total para expresar sus pensamientos cargándolos en la cuenta de los otros. En el coloquio que ya bajo el título de *Puerpera* (la parida) introduce Erasmo un colocutor luterano, Eutrapelo de nombre. A éste le confía Erasmo irresponsablemente que haga la siguiente comprometida descripción de los disturbios religiosos de la época.

"En el destierro está Cristián, rey de Dinamarca, piadoso favorecedor del Evangelio. Francisco, rey de Francia, es huésped de España, no sé hasta qué punto por su gusto. ¡Varón verdaderamente digno de mejor fortuna! Carlos maquina dilatar los términos de la Monarquía. Fernando cuida en extremo de

sus negocios en Alemania. El hambre de riquezas ha penetrado en todos los palacios. Los labradores promueven peligros, alborotos y la muchedumbre de las calamidades no les disuade de su empeño. El pueblo medita la anarquía. La Iglesia de Dios se desgaja en violentas facciones. Por una y otra parte es dilacerada aquella túnica inconsútil de Jesús. La viña de Dios es asolada, y no por un jabalí solo; peligra la autoridad del clero con sus diezmos, la dignidad de los teólogos, la majestad de los monjes; la confesión titubea, los votos vacilan, se desmoronan las leyes pontificias, la Eucaristía es discutida, es esperado el Anticristo, y en el mundo todo está en trance de parto de no sé qué monstruo. Y, mientras tanto, vencen los turcos y nos amagan con una invasión que no dejará nada por arrasar, si les sale bien la empresa que traen..." Nadie esperaría encontrar la descripción de una tan pavorosa apocalipsis en una visita de congratulación a una recién parida; pero se adivina que Erasmo lo quería decir y lo puso impunemente en boca del oficioso Eutrabelo. A otro de sus personajes, Gerardo, en la viveza de un diálogo, se le escapó una sentencia blasfema sobre la intercesión de los santos. En ella la Facultad de Teología de la Sorbona vió una herejía merecedora de condenación. Inhábilmente, contra su costumbre, Erasmo contestó que aquello lo había dicho Gerardo, no él, y que, por lo tanto, no se le debían pedir cuentas: *Hoc ibi dicit Gerardus, non ego... quid ad me?* Erasmo finge creer que componiendo pequeñas comedias, en las que cada actor sostiene el lenguaje que conviene a su carácter o que cuenta sencillamente una anécdota sin alcance doctrinal, las leyes del diálogo le eximen de culpa. La única objeción que puede hacerse a la réplica sofística de Erasmo es que un autor de diálogos o un escritor cualquiera, que bajo la responsabilidad de un personaje ficticio quiere exponer sus propias ideas, debe escoger materias que por las leyes de la verosimilitud no le obliguen a decir cosas desedificantes, ya que no escandalosas. Y aun aquella otra, es a saber, que el escritor que pone en boca de herejes lo más fuerte que se puede decir en favor de la herejía, defiende la herejía.

No hemos de entretenernos en espigar en la copiosa mies de los *Coloquios* erasmianos las irreverencias, las procacidades,

los pasajes de muy dudoso gusto que los infestan, no fácilmente perdonables en el atildado alumno de las Musas atenienses; como aquello de que "Sorbona" viene de *a bene sorbendo*, o como aquella otra procacidad que en el coloquio "Ictiofagia" pone en boca de un carnicero y un vendedor de pesca salada, mientras discurren y discuten la doctrina eclesiástica de la abstinencia y el ayuno:

"¡Son tantos los monjes que no se parecen a San Francisco y a San Benito más que por la cuerda o por la lana!" Es muy gorda esta sal y no ática, ciertamente, y con ella están sazonados algunos de los *Coloquios*.

Parece que Erasmo se regodeaba con la insana complacencia de buscar títulos escabrosos para sus *Coloquios* que pudieran espantar a las almas timoratas: "Abbatis et Eruditae", "Adolescentis et Scortis", "Proci et Puellae", "Virgo paenitens"... y le agradaba preconizar las más desconcertantes paradojas. Uno de sus más lindos y cristianos diálogos es el que va bajo el título de "Epicureus" y en él se lee esta paradójica afirmación: "No hay mayores epicúreos que los cristianos que viven piadosamente." Y en este mismo coloquio hallamos la más fina y casta apología del matrimonio cristiano:

"Nadie ama con vehemencia mayor a su esposa como quien la ama así como Cristo amó a la Iglesia; pues quien por el placer la ama, ésta tal ni siquiera la ama. No está en el abrazo el placer mayor. Es incomparablemente más grande el que reside en la sabrosa y perpetua convivencia, que entre nadie puede ser más grata que entre aquellos que se aman sinceramente con cristiana caridad y que se aman con amor igual y mutuo. En los otros, con harta frecuencia, cuando envejece la carne, el amor envejece. El amor no siempre sobrevive a los primeros abrazos; pero si el amor es cristiano, triunfa de la decadencia del cuerpo; el amor cristiano es una palma siempre verde." No expresaron mejor estas púdicas exquisiteces ni San Francisco de Sales ni Fenelón. Este pasaje erasmiano, sin hacerlos desmerecer, podría figurar en *L'education des filles*, del arzobispo de Cambrai, o en la castísima y dulcísima *Filotea*, del obispo de Ginebra.

Una bella página de pedagogía cristiana la podemos arrancar del coloquio titulado "Pietas puerilis". Un instinto fino inspira

a Erasmo la delicadeza de ser él mismo, con su propio nombre, quien interroga al muchacho Gaspar, que tan sólidamente se forma a la piedad examinándole, como quien dice, de doctrina cristiana. El muchacho practica el examen de conciencia pitagórica, a la luz de la moral evangélica.

“Medito según mis fuerzas y cada día entro en mí mismo para dar razón de mí; si en algo falté, lo enmiendo; aquello que hice contra el decoro, aquella palabra petulante, aquel hecho incircunspecto, aquello que debí callar, aquello que omití. —¿Y cuándo entras en razón contigo mismo? —Casi siempre por la noche, y si no, cuando tengo un momento desocupado.”

Los santos que invoca el muchacho son los santos de la devoción literaria de Erasmo; santos escritores, santos teólogos en el sentido que a este vocablo daba nuestro autor en contraposición con los áridos y bárbaros teólogos de la Sorbona. Son, de los apóstoles, San Pablo; de los mártires, San Cipriano; de los doctores, San Jerónimo, y las vírgenes, la patricia romana Santa Inés, cantada por un poeta de su admiración, nuestro Aurelio Prudencio. Al ir a la escuela pasa por la iglesia. Los días festivos oye misa, acercándose lo más que pueda al altar para poder oír las palabras litúrgicas, especialmente la epístola y el evangelio; ora mentalmente más que con estrépito de labios. Si la epístola que se recita es aquella que dice: “Expurgad el añejo fermento a fin de que seáis nueva masa, conforme sois ácidos”, yo dentro de mí mismo hablo así como Cristo: “¡Ojalá fuera yo ácido verdaderamente, puro de todo fermento de malicia! ¡Pero tú, Señor Jesús, que sólo eres de toda malicia puro y limpio, concédeme que de día en día más y más repela el fermento añejo!”

“Si acaso el Evangelio que se lee fuere del sembrador que siembra su semilla, así ruego conmigo mismo: “¡Feliz aquel que merece ser tierra buena!”, y suplícole que de mí, tierra en barbecho, haga por su benignidad una tierra buena, Aquél sin cuyo beneficio no hay nada bueno.” Pero he aquí que de pronto Erasmo le hace una pregunta inquietante: “—¿Y de ayunos, qué? —Con el ayuno, dice el mancebo, nada tengo que ver, pues San Jerónimo me enseñó que no debía ser con ayunos mortificada la salud, hasta que la edad hubiere dado al cuerpo toda

su robustez justa, y yo todavía no cumplí los diecisiete años. No obstante, si conviniere, tomo más parcamente mi comida y mi cena a fin de sentirme más ágil para los ejercicios de piedad del disanto." Asiste el muchacho a los sermones, pero selecciona a los predicadores. Erasmo aprueba en el mozuelo esta discreción selectiva, quien asimismo la aplica a los ministros de la confesión auricular; elige un varón docto, grave, de integridad conspicua, de lengua continente. Erasmo afecta maravillarse de que un joven cristiano tan bien formado no sienta vocación religiosa, y le pregunta indiscretamente:

—Y dime: ¿jamás ha nacido en ti el deseo de tomar la cogulla?

El chico replica a Erasmo, haciéndose eco de su propio pensamiento:

—Jamás; pero con frecuencia determinadas personas me solicitaron para que, huyendo del mundo, como de un naufragio, me acogiese al puerto de la vida monástica.

Esto mismo Erasmo quería que el mozuelo le dijese, porque eso de la captación de las vocaciones religiosas era una de sus más tenaces obsesiones.

—¿Lees a los poetas?

—No mucho; y sólo a los castos. Si acaso doy en algún pasaje menos verecundo, paso de largo, como Ulises, que navegó allende con los oídos tapados por no sucumbir al hechizo de las sirenas.

—¿A qué género de estudios te entregas con preferencia: a la Medicina, al Derecho civil o canónico, a la Teología?

—La Teología harto me gustara si las costumbres de algunos teólogos no me escandalizasen y no me ofendiesen sus polémicas sin fin. Yo lo que leo en las Sagradas Letras y en el Símbolo créolo con fe incommovible y ya no indago más. Lo demás lo dejo para los teólogos que lo disputen y lo definan, si les viene en gana. Sin embargo, si algún otro punto ha pasado a la práctica del pueblo cristiano, que no esté en paladina contradicción con las Sagradas Letras, le observo yo también para no causar escándalo en nadie.

—¿Qué sabio más sabio que los de Grecia —dice Erasmo—, qué cristiano Tales te enseñó esta filosofía?

—De niño tuve familiar intimidad con el integérrimo varón Juan Colet.

—Válame Dios —exclama Erasmo—; ¿tú has tratado a Juan Colet?

De Juan Colet nuestro polígrafo guardó siempre un recuerdo emocionado. Colet era uno de los más grandes cristianos de Inglaterra; teólogo de mente soberana y de una gran abundancia de corazón. No sabía hablar más que de Cristo. Todo saturado de San Pablo, comunicaba aquella misma unción y aquella combustible ternura paulina a quienes quiera se acercasen a él. Erasmo tuvo la fortuna de ser uno de ellos. Colet cristianizó su intemperante humanismo. Colet bautizó sus letras profanas y acaso fué el mayor de todos sus bienhechores; él y el franciscano Juan Vitrier. Erasmo, que no era ciertamente demasiado devoto de los santos, escribe hablando de estos dos: “Estos dos grandes personajes fueron, a mi parecer, entre todos los contemporáneos, dos cristianos verdaderos y sinceros. Para mí, aunque ningún Papa los canonicé, son santos. ¡Almas santas, a quienes yo debo mucho, ayudad con vuestras súplicas a Erasmo, que todavía lucha entre las miserias de la vida, ayudadle porque venga a reunirse con vosotros para siempre jamás!”

ELOGIO DE LA LOCURA.

En la grupa de la mula en que Erasmo montado se trasladaba en el mes de junio del año 1508 desde Italia, en donde los cardenales le habían recibido fraternalmente, a Inglaterra, en donde le esperaba una amistad más que fraternal, iba montada asimismo una moza aviesa y traviesa, que durante todo el camino le cosquilleaba en los oídos y hacía sonar a la vez sus risas y sus cascabeles. Era la pícara Locura. Tan prendado quedó el eclesiástico menudo y grave de aquella Musa juvenil, de la desenvoltura y de la hilaridad, que recogió en un libro todas las cosas donosas que le fué contando durante el camino, y lo dedicó a un varón todavía más grave que él, a un varón que ciñó su cuello, de bovina robustez, con la cadena de oro de los cancilleres de Inglaterra; cuello libre y recio votado a la cuchilla.

Sobre este cuello poned la roja aureola de los mártires y reconoceréis a Santo Tomás Moro. Como la mozuela procaz, con vocablo griego, se llamaba *Moria*, Erasmo dedicó a Moro su casi homónimo volumen en que había registrado sus picardías: *Encomium Moriae*, que vale tanto como decir "Elogio de la Locura". A ambos, al eclesiástico y a la muchacha, recibió Tomás Moro con los brazos abiertos y les hospedó en su propia casa, en la severa compañía de su mujer, Alicia Middleton, y de sus tres hijas, que son tres Gracias cristianas, que hablan griego, rezan en latín y tañen el clavicordio.

El hecho de que Tomás Moro aceptase la cariñosa dedicatoria del *Elogio de la Locura*, de su entrañable amigo Erasmo, la obra tan discutida y atacada con tanta y tan sañuda vehemencia, nos deja bien comprender que por aquellos días, y en el círculo restringido de personas a quienes iba enderezada aquella violenta sátira religiosa, política y social, no contenía, como otras obras del propio Erasmo, motivo de escándalo mayor. El escándalo estalló bastantes años después, y tanto él como Tomás Moro, ante la tragedia desatada, quedaron atónitos, como aquel pastor virgiliano al ver que ardía el bosque de acebuches en que él dejó el pabilo incautamente. El sembrador de aquellos céfiros maliciosos no podía calcular la magnitud de las tempestades que recogería. "El *Elogio de la Locura* —escribió Erasmo— es la obra de una época de paz, y yo jamás la hubiera escrito si hubiera podido prever el temporal." Antes de emprender la lectura del libro erasmiano nos hemos de penetrar del designio que presidió su composición y hemos de situarla en la época precisa en que fué escrita. Leída esta bagatela, llena de tantas intenciones, con el mismo espíritu con que Tomás Moro la leyó y salió en su defensa, su lectura dejará de ser escandalosa y, sin duda, será sabrosa. Con la frente desarrugada y con el labio fácil a la sonrisa la leía Tomás Moro, nuevo Demócrito que hubiera hecho la risa cristiana. Erasmo se disculpa abrigándose con la autoridad de San Jerónimo, que en este género de sátira —dice— escribió con más libertad y más acrimonia, *Ridenda magis quam faeda recensere statuimus*. Y si de la lectura actual sacamos la impresión de que la estulticia aparece encomiada "no estultamente", los manes de Erasmo se complacerán,

que a merecer este juicio se afaná en la composición de este juguete, tan peligroso como pícaro.

No es todo doctrina inédita la que contiene el librito archifamoso. La pluma, no avara, sino charladera, del polígrafo ya había adelantado, especialmente en la gustosa parlería de sus *Coloquios*, muchos de los conceptos que aparecen remozados en la boca de cereza de la loca chicuela, buscando un poco más de la cáustica mordedura.

En labios de la descocada doncellita pone Erasmo su inverterada inquina contra las viandas cuaresmales, que su estómago no podía resistir. Todas las cuaresmas acostumbrada estar enfermo: *ob piscium esum quorum solo odore solebat offendi*. Erasmo, de buena gana se hubiera alistado en las milicias de Don Carnal para hacer la guerra a Doña Cuaresma y hubiera avecinado al Carnicero (*Sanio*) de su "Ictiofagia" en el barrio de la judería de Toledo. De la confesión auricular habla Erasmo con punible ligereza; le parece utilísima para... los confesores a quienes da medios de conocer interioridades aprovechables. Desata de nuevo sus ciegos rencores enconados y de toda la vida contra los frailes, porque son enemigos de las Bellas Letras y dados a la ostentación y a la gula, y van de caza, y juegan a los naipes, etc. Si esto era así, ¿por qué honradamente Erasmo no contrapone a estos lujos y superfluidades la extrema y casi sórdida pobreza de los frailes de la vida común, cuya mesa y lecho él compartió, y el fiero ascetismo del convento de Montaigne, de París, que él hubo de vivir, y cuya estrechez él mismo describe con negras tintas y con sal tan negra? Cuando le trataban bien, como le trató en Venecia Aldo Manucio, que le tuvo diez días hospedado en su casa, correspondía el escritor quisquilloso con una gratitud cual la que revela aquel innoble diálogo rotulado "Opulentia sordida" y que comienza así: "¿Y de dónde nos sales tan desjugado, que parece que, como las cigarras, en todo este tiempo no has pastado más que rocío? ¡Eres tenue, más que la pelleja de una sierpe!" En este coloquio el espléndido editor de los *Adagios* se nos antoja como una anticipación del Dómine Cabra quevedesco. La suelta mozuela que fué la musa erasmiana del *Elogio de la Locura* escarnece a los peregrinos de Compostela, de Roma, de Jerusalén, donde nadie

tiene que hacer, y dejan su casa abandonada; hace mofa de la sencilla y cándida devoción, que guarda con humanísimo afecto y respeto recuerdos y reliquias de seres que fueron honor de la especie humana y que parecían fabricados por Dios con arcilla mejor. Se burla la desenvuelta Locura de los que se preocupan de pompas funerales, de entierros lucidos, de mandas piadosas. Se burla del pueblo, fácil a todas las sugerencias: a la cítara de Orfeo, a la lira de Anfión, a la elocuencia y halagos del demagogo; Erasmo hace del pueblo una pesada y pujante bestia hipopotámica: *ingens ac potens illa bellua, populus*. Se burla de la nobleza, con una sonrisita cortante, más demoledora que la catapulta de Juvenal, y del patriotismo, y de los filósofos de la antigüedad: de Sócrates, filósofo de nubes y de ideas, medidor de patas de pulga, admirador del zumbido de los zánganos; de Teofrastes (helenismo que quiere decir elocuencia divina), que una vez, debiendo arengar al pueblo, no halló su propia voz; de Séneca, que suprime al hombre; de los teólogos que luchan contra las chinches; de los predicadores...

En esta pavorosa ironía erasmiana, en este amor de la demolición sistemática fueron engendrados Rabelais, Voltaire, el autor de *L'île des Pingüins*. Posteridad nada envidiable.

LA TRAGEDIA DE ERASMO.

Erasmo, un hombre especial: *homo pro se*, dice uno de sus fautores. Erasmo era un hombre nacido para las gracias ligeras y los juegos leves: *homo lepori jocusque natus*, dice uno de sus más estrechos amigos. "Yo hubiera querido jugar toda la vida con pluma regocijada e incruenta", dice él de sí mismo. Erasmo, ha sentenciado la posteridad, contribuyó a desatar sobre el mundo una de las más espantables tragedias que le tiñeron de *sanguigno*, como el Dante diría.

Con pincel moroso y eficaz, Holbein "el Joven", trazó el retrato de Erasmo, que ahora, entre otras sombras de inmortales, está en los Campos Elíseos espectrales que son el Museo del Louvre. Un birrete de velludo abriga su cabeza fina, breve,

inteligente. Como el humanista frío, lento, envuelve su minúsculo cuerpo en una tibia pelliza guarnecida de pieles peregrinas; de sus pliegues emergen sus manos, que parecen hechas para caricias femeninas (Erasmus siempre se preci6 de la belleza de sus manos), y en esas manos de mujer ponen un poco m6s de fr6o dos preciosas gotas de cuajada pedrer6a: un rub6 en el dedo anular, una amatista en el dedo 6ndice de la mano izquierda; en su diestra, entre el pulgar y el 6ndice, la pluma leve y aleve. Su cara aparece como labrada por un minucioso orfebre, en marfil antiguo; y sus dos ojos se muestran con los p6rpados ca6dos gobernando el curso cauto de la pluma sobre el papel marfile6o. Sus labios, cerrados con voluntad tenaz, sonr6en hacia adentro. Lo que el humanista piensa s6lo lo sabe su gorra de terciopelo.

Y este hombrecito arropado en telas suntuosas, t6mido, enfermizo, sin m6s armas que la pluma vol6til y la sonrisa del labio cortante, fu6 un d6spota intelectual.

Toda la cultura de su 6poca se nos muestra refrendada por aquel su anillo simb6lico en que hab6a grabada en una gema la leyenda ambiciosa: *Concedo nulli*, y una estela con el dios T6rmino, con los cabellos erizados, y el verso horaciano: *Mors ultima linea rerum est* (la muerte es la 6ltima l6nea de las cosas). Del calor de aquel hombrecito fr6o casi nadie pudo sustraerse, y su influencia fu6 trituradora.

De su pluma hizo un juguete vindicativo, y su venganza fu6 desproporcionada. Veng6, hombre ya glorioso, internacional, dir6amos ahora, sus insignificantes agravios de muchacho, sus peque6as rencillas de novicio. S6lo en la voluntad de venganza fu6 firme, que en todo lo dem6s fu6 tornadizo y oscilante. No tuvo criterio: tuvo pasiones; no sent6 afirmaciones, sino que propuso dudas; dudas corrosivas, porque las envolvi6 en displicencia y en escarnio.

Si 6l, el gran colector de *Adagios*, de todos los reunidos hubiera tenido que escoger uno para s6, no s6 si hubiera atinado en la elecci6n de aquel que m6s, a mi parecer, le conviene, y es 6ste:

Polypi mentem obtine.

Del pulpo aprendió Erasmo el instinto prensil y los muchos tentáculos. Ofreció brazos a las más dispares causas. Quiso llevarse tras el son de su lira las rocas, y con ellas fué lapidado. Quiso, como Orfeo, encantar las bestias fieras, y tan lastimosamente como Orfeo fué despedazado por las Ménades. Quiso conciliar lo inconciliable, el Catolicismo y la Reforma, y fué descuartizado, como Hipólito, por sus propios caballos. Él mismo lo dice de sí mismo con amargura: "Fuí dilacerado por ambas parcialidades en mi afán de mirar por el bien de la una y de la otra." La tragedia luterana, sobre todo, le cargó intolerablemente con toda suerte de odiosidades. Lutero le definió así: "Erasmo es un verdadero Momo (dios de la burla y la censura), que de todo hace escarnio y risa, de la religión y de Cristo, y para mejor conseguirlo de día y de noche escogita vocablos ambiguos, de tal modo que sus libros pueden ser leídos por el gran Turco."

San Pedro Canisio, el primer jesuíta alemán, compara a Erasmo y sus *prava Colloquia* con Luciano, el sacrílego y el escarnecedor del cielo.

Y efectivamente, con el flagelo de Luciano quiso Erasmo limpiar el templo de mercaderes. No siempre la risa, y nunca el escarnio, mejora las costumbres. Él, parafraste de los Evangelios, no tuvo presente la parábola evangélica del trigo y de la cizaña. Quiso arrancarla de cuajo cuando no estaba en sazón y andaba mezclada con el trigo bueno. Exasperó el celo voraz de unos cuantos operarios fanáticos y bien pronto la sementera ardió con el más ominoso de los incendios. Y antes de morir, en su postrer decenio moroso, hubo de contemplar largamente, implacablemente, cara a cara, la faz atroz, encarnizada y sangrienta de la Medusa; la guerra o las guerras religiosas, quiero decir; aparición espantable, impía, que no creyeron merecer sus ojos.

Erasmo hubiera querido consagrar a retractaciones aquel ocaso de su vida; mas las palabras soltadas ya no supieron volver. Y empezó a dar gritos patéticos:

Y vo gridando: Pace, pace, pace!

Pero la cuadriga frenética, lanzada al espacio, se llevaba al auriga, arrebatado, y no oía sus gritos ni sentía el freno vano. Cundía la orgía. Los dioses tenían sed, y cuando los dioses tienen sed, es sed de sangre la que tienen. Cayeron las cabezas de Juan Fisher y de Tomás Moro, mitad de su alma. Erasmo gime: "Páreceme que soy yo quien ha muerto en él." La parte sobreviviente de Erasmo duró dos años todavía, y se extinguió en Basilea el día 12 de julio de 1536. Invocó el nombre de Jesús, y tras el nombre de Jesús voló su alma.

LORENZO RIBER.